

Ariel Dell' Aquila

“No quería morirme sin poder abrazarlo” fue una de las frases que pronunció Estela de Carlotto frente al mundo al confirmar la noticia del hallazgo del nieto 114, su propio nieto, a quien buscó de modo inclaudicable durante los últimos 36 años.

La noticia había empezado a circular un rato antes y llegaba, como una señal eléctrica, a cada rincón del mundo. Y nos paralizó a todos. Al mismo tiempo, sobrevino la emoción y, luego, unas ganas insoportables de salir a contarlo a gritos, a quien fuere, pero contarlo. En definitiva, ser los portadores de esa noticia postergada desde hace décadas, que nos unió como pueblo, primero, en el terror, luego, en la bronca y, finalmente, en la búsqueda de la verdad. Pero, siempre, atravesados por el dolor de saber que, en algún lugar, estaban los cientos de chicos robados por los genocidas a sus familias biológicas como un botín de su propia guerra o un souvenir de su atrocidad.

Entonces, tras salir del shock que nos produjo la noticia de primera mano, todos nos quedamos aguardando la imagen 113 veces anteriormente repetida: la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo se sentaría frente a las cámaras para comunicar, con alegría, la restitución de la identidad de otro de los nietos largamente buscados. Sin embargo, no era un anuncio más: esta vez, tenía un significado especial por tratarse del caso emblemático, del símbolo de la lucha de tantos años, el motor de todo lo hecho hasta el presente.

La huella de las Abuelas

“¡Apareció Guido, el nieto de Estela!”, se escuchaba por todas partes, y todos sabíamos de qué estábamos hablando. En nuestra querida Patria, son pocas las cosas que logran unirnos como pueblo y, muchas menos, las que nos dan esa felicidad colectiva que nos hace sentir vivos y orgullosos de nuestra historia. El encuentro de Guido con su abuela Estela y toda su familia es una de esas cosas.

Porque la alegría se instaló en el aire, la emoción nos hermanó y, de nuevo, como con aquellos penales atajados por “Chiquito” Romero en la semifinal frente a Holanda, creímos en nosotros mismos y dejamos de lado por un rato nuestras diferencias.

No es poca cosa el compartir ese sentimiento que mezcla orgullo y esperanza como símbolo de pasado y de futuro, sobre todo, en este presente que nos encuentra ante el desafío de elegir qué tipo de país queremos, qué valores son los que defendemos y cómo nos paramos frente a quienes nos quieren despojar de lo que, con sangre, sudor y lágrimas, supimos conseguir.

La lucha de las Abuelas, con Estela de Carlotto a la cabeza, es el símbolo más concreto de la dignidad y la perseverancia en la defensa de los valores de Memoria, Verdad y Justicia que debemos sostener como marca indeleble de nuestra identidad, para que nuestra historia tenga sentido y para que no se abra nunca más aquella herida que hasta hoy nos duele a pesar del tiempo transcurrido.

Esas mujeres ya ancianas no tuvieron ni tienen miedo de defender lo que es suyo, con el amor como combustible y la dulzura como arma, sin levantar la voz, pero con la firmeza de quien se sabe del lado de la verdad. Sigamos, entonces, ese ejemplo, pues la huella que nos están dejando las Abuelas es un tesoro para las futuras generaciones. Mientras tanto, disfrutemos del encuentro de la abuela Estela con su nieto Guido, y permitámonos sentir, como esa tarde de martes, que, en ese abrazo, ella también nos abraza a todos.